

sexta función se dió, con el éxito de siempre, *Un drama nuevo*, y el 30 y en extraordinaria á beneficio de Reig, se estrenó *El haz de leña*, de Núñez de Arce, y se dió para fin de fiesta *El maestro de baile*. El 2 de Agosto y á beneficio de la Servín, se representaron *Mujer gazmoña y marido infiel* y *La casa de campo*; para el de Segarra se revivieron *Los pobres de Madrid* y se cantó la tonadilla *El tripili*. Después de una representación de *Lo positivo*, para la función de gracia de Guasp se pusieron en escena, el día 9, la comedia *El árbol del paraíso* y *Retascón, Barbero y Comadrón*. Sucesivamente diéronse *Deudas de la honra*, *Amar al prójimo*, *Dálila*, ésta á beneficio de Molina, *Las travesuras de Juana*, y para últimas de temporada en la tarde y noche del 17, *La Carcajada* y *El miedo guarda la viña* y *Como el pez en el agua*. Para despedida, en la noche del 19 de Agosto, y dedicando los productos al Técpam de Santiago, dió la compañía Valero *El pañuelo blanco* y *El Maestro de escuela*, y en uno de los intermedios Romeo Dionesi cantó *La paloma* y una aria del *Barbero de Sevilla*. Esta segunda temporada de D. José Valero duró dos meses y medio, y no fué ni con mucho tan brillante en resultados materiales como lo había sido la del año de 1868.

CAPITULO XIV

1873.

Retirado D. José Valero, ocupó el Teatro Nacional una Compañía de Zarzuela así formada: *Primera tiple*, Emilia Leonardi; *Tiples*, Filomena Esteves, Encarnación Vilchis, María Villaseñor; *Contraltos*, Rosa Mendoza, Elena San Martín; *Característica*, Antonia Suárez; *Primer tenor*, Juan Prats; *Bajo cómico y Director*, Joaquín Ruiz; *Bari-
tono serio*, Fernando Rousset; *Cómico*, Paulino García; *Tenor cómico*, Santiago Carrera; *Bajos*, Manuel Serrano, Heriberto Francesch; *Maestro Director*, Joaquín Comellas; *Violín concertino*, Pablo Sánchez. Los precios por abono de doce funciones fueron: en palcos, *setenta y dos pesos*; en lunetas, *nueve*. La primera función se dió el día 21 con *Un tesoro escondido*, las inmediatamente siguientes con *Robinson, Campanone* y *El Postillón de la Rioja*, y el 30 de Agosto se estrenó la zarzuela nueva en México *El Molinero de Subiza*. En esta obra, cuyo éxito no pasó entonces de mediano, y aun fué silbada al salir en el último acto la procesión que el argumento exige, Emilia Leonardi

cantó admirablemente y vistió con mucho lujo, elegancia y propiedad, y Prats estuvo muy bien y fué muy justamente aplaudido.

Pero escrito estaba que en Compañía en que figurasen la Leonardi y Nascé nadie pudiese vivir en paz, pues cuando no podían pelear con algún extraño como con el empresario Moreno, peleábanse artistas, directores y empresarios unos con otros y hasta con su misma sombra. Con el dicho Moreno no había caso, porque al anunciarse la nueva Empresa salió con su Compañía para Puebla á dar allí sus obras nuevas y á esperar que pasase el furor del primer abono. Sin aquel enemigo, la Empresa del Nacional nada mejor pudo pedir, pues sólo tenía por contrarios el Teatro de Hidalgo, que jamás había hecho ni hace daño á Empresa alguna, y los pobrísimos, y sin importancia alguna, pequeños teatros de *Alarcón*, en el Rancho del Fresno en Buenavista, y de la *Democracia* en la calle de Arsinas: en el Principal compañías dramáticas volantes trabajaban salteadamente sin llegar las entradas ni siquiera á lo necesario para pagar los gastos de *papeleta*. Era, pues, preciso que se pelease consigo misma, y así lo ejecutó: véase al efecto una carta ó *manifiesto* que Emilia Leonardi hizo circular con profusión y decía:

“El Sr. D. Delfín Sánchez se ha retirado de la Empresa, dando por terminados todos sus compromisos, sin otro aviso que el de haber entregado á D. Juan de la Fuente la Compañía de Zarzuela, dejando al arbitrio de éste la aceptación de las escrituras, apreciando que estaba á su voluntad el cumplimiento del compromiso contraído con el público y con los artistas. Esta situación verdaderamente singular, ha provocado mi separación de la Compañía, lo cual no he motivado, porque á la hora en que el Sr. Sánchez y el Sr. Fuente hacían su combinación, yo enviaba á decir á la Empresa que, como se me había ordenado, tenía dispuesta para el jueves *La Conquista de Madrid*, para cuya obra he gastado una fuerte suma á fin de presentarme dignamente ante un público tan ilustrado. El Sr. Sánchez no ha encontrado obstáculo alguno en el desempeño de mis compromisos de arte, é ignoro hasta hoy lo que haya considerado para separarme de una manera que me abstengo de calificar.—Mi orgullo de artista y mi delicadeza de señora, me imponen un silencio que rehuso guardar, porque no quiero ni por un momento que se suponga que yo tengo parte en esta burla que se hace al público, ni se me culpe de lo que pasa y yo ignoraba hasta ayer que el Sr. Fuente se presentó como empresario del Teatro Nacional, trayendo como título su palabra y la voz de D. Delfín Sánchez.”

El Monitor comentaba así estos sucesos: “Mal año, muy mal año ha sido éste para los teatros; tal parece que los empresarios, artistas y comparsa *han comido gallo*, según que se pelean y se lastiman en la escena, y van, y vienen, y juegan con el público que en estas dan-

zas sufre más que el divino paciente. El Nacional ha tenido su semana de crisis: D. Delfín Sánchez abandonó la empresa, que fué á dar á manos de D. Juan de la Fuente. Los coristas se negaban á cantar el martes (2 de Setiembre), bajo *el frívolo pretexto* de que no les habían pagado; la orquesta protestaba lo mismo, el público se enfullinaba: los empresarios intentaron cortar el nudo gordiano suspendiendo la función, pero el Gobernador dijo que con el público no se jugaba, y la función se dió; pero estupefactos contemplaron los concurrentes que la Leonardi no pisaba la escena y que la Empresa la había sustituido con María Villaseñor, muy simpática, pero que todavía no es comparable con la calandria de Granada. Como los coristas no habían recibido sus pagas, cantaron desganados y salieron unas *Hijas de Eva* de chuparse los dedos. El Ayuntamiento y el Gobernador, mientras tanto, andaban en juntas y más juntas con la Empresa, exigiéndole el cumplimiento de sus compromisos con los abonados. La Compañía del Nacional se hunde; si los empresarios no llaman á la Leonardi, aquello se desgoberna."

La intervención de la autoridad puso unos días de paz en aquel des concierto y se reanudaron las funciones, tomando parte Emilia, que estaba guapísima con sus vistosos trajes de *La Conquista de Madrid*; pero, tales como se pintan con deliciosa exactitud en el arreglo español de *Campanone*, las intrigas, las pequeñeces, las malas voluntades, volvieron á surgir más escandalosas que nunca, y la Empresa tronó sin poder siquiera concluir el abono, y hubo de andar en pleitos y en tribunales como demandante y como demandada. La Leonardi dijo así la última palabra:

"La Empresa de Zarzuela del Teatro Nacional ha concluido, dejando pendiente una función de abono y los beneficios de los artistas que tenían derecho á ellos con arreglo á sus escrituras. No es mi objeto hablar de este asunto, ni me permitiría dirigirme al público, si la Empresa referida no hubiera pretendido hacerme aparecer como la causa que ha determinado su violenta conclusión. Contratada para trabajar tres meses que comenzaron el 26 de Julio y concluyen el 25 del presente, estipulé, como era natural, el número de funciones en que debía cantar durante cada uno de esos meses, señalándoseme en mi escritura pública doce funciones en zarzuelas de dos ó más actos, y dos zarzuelas en un acto: el público ha presenciado que he cantado del día 26 de Agosto á la fecha en catorce zarzuelas de tres actos, con lo cual quedó más que satisfecho mi compromiso; no obstante, me propuse espontáneamente cantar, ya sin obligación alguna y en obsequio de un público que me ha llenado de galanterías, en las dos últimas funciones de abono. La Empresa, que se ve agobiada por grandes compromisos, quiso salir á todo trance del referido abono, y se lanzó á anunciar funciones que no podía dar, porque los artistas no

las habían no sólo ensayado, pero ni aun reconocido, como sucede con *Luz y Sombra*. Una vez repartidos los programas, el público y la autoridad reclamarían su cumplimiento, lanzando á los desgraciados actores á la escena como víctimas del arrojo de la Empresa, á que sufrieran el enojo del público y las providencias del juez de teatros. Durante los últimos diez días se me ha hecho trabajar en nueve zarzuelas con seis ensayos generales, lo que me ha ocasionado un ataque de garganta, y por esa enfermedad avisé que no podría trabajar, y la Empresa se ha permitido fijar un papel en el teatro, diciendo "que no habiendo podido conseguir que yo cantara, se veía en el caso "de suspender las funciones y dar por terminado el abono." La mala fe de ese concepto se revela desde luego; mi enfermedad y sólo ella me ha obligado á no concurrir al teatro."

El domingo 28 de Setiembre, Emilia Leonardi, dió, con *La Hija del Regimiento*, su función de gracia, que tuvo muy reducido público, y con ella terminó la formidable guerra que sostuvieron la Empresa Delfín Sánchez y Emilia. Esta triunfó ante los tribunales á que fué citada, y poco después salió como empresaria á recorrer algunas ciudades del Interior. El famoso Joaquín Moreno quedó bien vengado de los perjuicios que antes había procurado seguirle la Empresa Nascé-Sánchez, que fué una de las que más han dado que sentir al buen público. Moreno volvió á instalarse tranquilo y sin competidor en su Teatro Principal en los primeros días de Octubre, con sus *Robinson, Bella Elena, Georgianas, Vida Parisiense*, etc., etc.

He dicho que la de la Leonardi fué sólo una de las Compañías que más han dado que sentir al buen público, porque no lo fué menos la que le siguió inmediatamente en el mismo Gran Teatro Nacional, por obra y gracia del insigne Barón Gustavo G. Gostkowski, Empresa que es de todo punto imposible tomar en serio.

Fué ello una llamada Compañía de Opera y baile en la que figuraban como tiples, contraltos, y lo que fué necesario, la Pascalis, la Galimberti, Elvira Repetto y la Vairó; los tenores y barítonos Zaccometti, Arrigoitti y Bartolini; las bailarinas La Bella, Antonietta Rivoine, Paulina Levesque, la Kossuth, Berta Benet, Elisa Glezer, Elisa Wegner, María Betel, María Lorrain, la Starni, la Ongaro, la Sangalli y la Monghie; el bailarín cómico, Pellerín, y el bailarín serio, Orsini. Si alguno ó algunos he olvidado, ahí irán saliendo cuando nos refiramos á sus funciones.

Dieron la primera el domingo 19 de Octubre *por la tarde* con *Traviata*; y la de abono, el martes 21 con *Favorita*. En *Traviata* se presentaron la primera dama absoluta Emma Saurel, el tenor Arrigoitti y el barítono Bartolini: también se exhibieron las bailarinas Ernesti, Unghero, Sangalli y Pauline, que ejecutaron un *cuarteto* dirigido por Francisco Orsini. La Saurel, mujer muy hermosa, vistió con ele-

gancia, declamó con afectación y cantó mal: Bartolini fué poco aplaudido; el tenor Arrigoitti, que dijo estar enfermo, cantó *à mezza voce*, despidió gallos á más y mejor y quedó calificado *de malo*.

Las cuatro bailarinas parecieron tan hermosas como detestables figurantas, y se la pasaron sin el más pequeño aplauso.

En *Favorita*, cantada, como dije, el martes, Adelina Pascalis en el papel de Eleonora fué estimada como una preciosa rubia, y como una cantante fría y medianísima: el tenor y el barítono estuvieron detestables. A la *Favorita* siguió el 23 la *Sonámbula*, cantada por la Repetto, lo mejor de la Compañía; su voz era muy dulce, emitía con facilidad bellas notas picadas; su presencia era agradable, su escuela simpática, y muy regular su declamación; el público la aplaudió, satisfecho de tener algo que aplaudir, pero se estremeció de ira y de enojo al oír al tenor Zaccometti y al bajo Vairó soltar gallos y más gallos y destrozar de modo lamentable la música de Bellini. La Vairó, hija del dicho bajo, agradó bastante y el público fué indulgente con ella, sabedor de que el Teatro Nacional era el primer teatro en que esa joven se presentaba como cantante lírica. La Repetto, soprano ligero, se conquistó las simpatías generales, y en esa noche salvó de una catástrofe á la Empresa Gostkowski-Cipriani, ó por lo menos *la retardó*.

El teatro, á pesar de los muy altos precios de abono, más altos que los de costumbre, se veía muy bien concurrido por las familias Escandón, Mora, Carrese, Hornedo, Iturbe, Echeverría, Gargollo, de la Torre, Landa y Escandón, Cervantes, Mier y Celis, Terreros, Campero, Buch, Escalante, Moncada, Pimentel, Rubio, Castillo, Belle y Cisneros, Barroso, Haghenbeck, Barreda, García Teruel, Hidalgo, Baz, Bermejillo y Camacho.

Para el sábado 25 anunció la Empresa *El Barbero de Sevilla* y el gran baile *La astucia vence á la astucia*. La protagonista de la delicada partitura de Rossini corrió á cargo de Elvira Suardi Repetto, que al presentarse en escena fué acogida con un ruidoso aplauso, recompensa de los méritos alcanzados en *Sonámbula*; en la preciosa aria *Una voce poco fa*, cantó con maestría, afinación y exactitud, y así se mantuvo en todo el acto, sin decaer ni un solo momento, por lo cual el público le dispensó una entusiasta ovación. El entreacto se prolongó más de lo acostumbrado, y cuando ya impaciente la selecta concurrencia esperaba tener ocasión de recrearse con el delicado canto de la Repetto en la escena de la lección de música, se presentó Zanini á decir que no podría darse después de la ópera el baile anunciado por hallarse indispuerto el Director y primer bailarín Orsini; pero que se entregaría á cada concurrente una contraseña para que con ella pudieran asistir en otra función al baile que se diese. Gritos, golpes y silbidos y voces de ¡baile! ¡baile! contestaron á Zanini;

la tempestad fué aumentando por momentos, y Zanini volvió á presentarse y decir que se bailarían *un cuarteto*, á lo que se le respondió ¡no! ¡no!, seguidos de espantoso é infernal escándalo.

El telón se alzó entonces para continuar la representación de la ópera; pero los amotinados redoblaron sus gritos y su estrépito, haciendo imposible el oír á los cantantes. Para calmar la excitación, Zanini se presentó por tercera vez á decir que la función de esa noche se tuviese por sólo un ensayo general; que éste iba á seguir y que la representación se reservaba para otro día. Pero nada: el público no se dió por contento, y las voces, los gritos y los silbidos continuaron y aun recrudecieron en violencia. La Empresa, dando por hecho que la función quedaba aplazada y que no se quería oír lo que Zanini llamaba ensayo, mandó bajar el telón y disponer lo necesario para que despejase el público; éste tomó todo á la broma, y descargó su enojo arrojando, casi disparados, cojines, sillas y cuanto encontró movable y útil para proyectil, sin respeto al público del patio, que por asalto se trepó á los palcos para ver desde ellos la batalla, y sin consideración á los infelices músicos de la Orquesta, que con su inteligente Director Daniel Antonietti á la cabeza, escaparon como pudieron, cubriendo con sus cuerpos sus queridos instrumentos, de los cuales los bajos ó *tololoches* salieron malísimamente librados.

Al día siguiente, domingo, el escándalo se dió en el escenario: el tenor Arrigoitti tenía la mala costumbre de beber más licor del necesario y la desgracia de embriagarse cuando se excedía: en tal estado penetró en esa noche al foro, armó camorra con Tresolini, marido de la Repetto, y le pegó un balazo, que produjo en el teatro la consiguiente alarma y costó al heridor el ir á pasar la noche en la Cárcel de la Diputación. En la función de ese domingo se repitió *Favorita*, que salió un poco menos mal que en su primera, y después se dió el baile cómico *Monsieur Dandan*, en que dejó muy complacido al público la habilidad de la primera bailarina *la Bella*, verdaderamente hermosa, de mucha gracia en sus actitudes y movimientos, y de una precisión y aplomo notables.

El martes 28 la obra repetida fué *Sonámbula*, que proporcionó á la Repetto un nuevo y merecido triunfo: tres veces el público pidió se le tocase diana, y la simpática artista se emocionó profundamente, hasta el grado de que casi la ahogaban las lágrimas. El jueves 30 la empresa dió la función interrumpida el martes, y la Repetto se afirmó en el aprecio del público con su excelente desempeño en el papel de *Rosina*: Vairó en el de *Don Basilio*, Zuchelli en *Don Bartolo* y Bartolini en *Figaro* estuvieron muy regulares, especialmente el último, que se hizo aplaudir en varias ocasiones: Cornazzani en *Almaviva* estuvo menos que mediano, y Elisa Vairó en el papelito de *Berta* fué bien recibida. En la noche del siguiente viernes fué ca n

de muy modesto, y la escena del regreso de la Reina á su palacio fué regularmente presentada. En la noche del estreno, la concurrencia no dejó de ser bastante numerosa; pero en las repeticiones la sala casi estuvo vacía. A tal punto habíase desacreditado una empresa, que aun así se atrevió á solicitar del Gobierno una subvención, que se tuvo el buen acuerdo de no otorgarle.

En 1.º de Noviembre, en la Plaza de Armas y frente á las casas del Ayuntamiento, se inauguró en un local de vigas y manta pintada, pero muy vistoso y hasta cierto punto elegante, una lucidísima Exposición municipal, que dió buena muestra de los progresos de los artesanos é industriales en el Distrito. Modesta y todo, esa Exposición merece recordarse y ser celebrada por cuantos amen á México, y con este motivo me es satisfactorio dedicar, aunque no sea más que una corta referencia, al organizador de ese notable certamen, el buen caballero y ameritado escritor D. Luis Malanco.

Con las tradicionales fiestas de Noviembre, revivió el tristemente célebre teatrillo de *América*, con sus escándalos de reglamento, y se erigió el jacalón que llamaron *teatro de la Exposición*, campo de triunfos de las bailarinas Pancha Bravil é Isabel Smith. En el Principal el empresario Moreno, que salía de México cuando á él llegaba alguna novedad, y á él regresaba en cuanto la novedad hacía fiasco, volvió á reanudar sus espectáculos de zarzuela con *El Rey Midas*, *Las Georgianas* y *El pequeño Fausto*. En el teatro de la *Democracia* ó de Arsinas, la joven y muy apreciable actriz Concha Padilla, encantaba al público bueno de aquel barrio.

El 11 de Diciembre Romeo Dionesi, que también iba de capa caída en el entusiasmo del público voluble, dió en el Principal una función á beneficio del periódico infantil *El Periquito*, que redactaba Ildefonso Estrada y Zenea: éste dijo en un remitido á los periódicos, lamentando el mal éxito de la función, lo siguiente: "Hecha la liquidación de gastos, debo recibir *cincuenta y seis pesos* en localidades que están por cobrar: los niños pobres, sin embargo, recibirán en nombre del niño Romeo Dionesi los doscientos ejemplares que me obligué á regalar semanariamente, cualquiera que fuese el resultado de la función ofrecida por aquél."

Para no olvidar cosa que merezca aplauso, diré que el miércoles 3 de Diciembre dió en el Teatro de Hidalgo, y de invitación y obsequio por de contado, su primera representación la Sociedad dramática "Alianza," poniendo en escena el drama de Larra *La Oración de la tarde* y el sainete *Por una equivocación*. El fundador, director y primer actor del grupo de inteligentes aficionados que formaban tan simpática y útil asociación, fué D. Carlos Escudero, y en esa noche trabajaron en las obras, puestas en escena con rara perfección, las Sritas. Virginia Carrasquedo, María y Teresa Aréizaga, Regina Ruiz y Con-

cepción Peña Roja, y los Sres. Escudero, Argumosa, Peña Roja, Aréizaga y Santibáñez. Esta Sociedad, que más tarde tomó el nombre de su fundador, que lleva todavía, no sólo ha sido un motivo de recreo para sus socios y para las personas que aplauden su talento, sino también una agrupación benéfica, siempre dispuesta á socorrer á los desgraciados y á los pobres y á honrar la memoria de sus compatriotas ilustres. Naturalmente y al paso de los años, mucho ha cambiado de socios y de artistas, pero siempre ha tenido el raro privilegio de que unos y otros hayan seguido siendo dignos de sus antecesores.

Ese año de 1873 dejó escrita en la historia de la literatura mexicana una negra y dolorosa fecha, la del sábado 6 de Diciembre. El viernes en la noche, con el pretexto de arreglar sus papeles, el joven y distinguidísimo poeta y autor dramático Manuel Acuña, estuvo, en compañía de un amigo suyo, destruyendo la mayor parte y quemándolos después. "Ya al amanecer, dice un cronista de aquella catástrofe, le llevaron papel enlutado que había pedido y que con la mayor indiferencia colocó sobre su mesa de trabajo, y habiéndose despedido de su acompañante, se acostó, despertando muy tarde al día siguiente. No bien se hubo levantado, puso en orden su habitación, hizo él mismo su lecho, se lavó el rostro y el cuello y escribió después cinco cartas, una de ellas á su señora madre, residente en el Saltillo; otra á Antonio Cuéllar, dos á personas de su estimación y otra á Gerardo Silva. A las doce salió á la calle, volvió algunos minutos después, se vistió ropa limpia y con mano segura y firme escribió lo siguiente: "Lo de menos sería entrar en detalles sobre la causa de mi muerte; pero no creo le importen á ninguno: baste con saber que nadie más que yo mismo es el culpable.—Diciembre 6 de 1873.—*Manuel Acuña*." A la una de la tarde, su amigo íntimo, el popular y distinguidísimo poeta Juan de Dios Peza, que todas las tardes acostumbraba visitarle, le encontró muerto ya. A sus voces acudieron los estudiantes Vargas, Villamil, Uribe, el Prefecto de la Escuela de Medicina, Dr. Domínguez, y otras varias personas que en vano procuraron devolver á aquel cuerpo la vida que ya le había abandonado. El Sr. Gaxiola, Juez en turno, se presentó en el lugar del suceso á las cuatro de la tarde, y accedió á que la Escuela de Medicina y no los médicos de la cárcel, verificara la verdad del caso por medio de la sangre que de las venas se extrajese, sin proceder á otra autopsia, y el cadáver fué inyectado por los alumnos y expuesto al anochecer en la capilla del Establecimiento.

Alejandro Casarín y el joven Alamilla sacaron retratos del poeta y prepararon todo lo necesario para formar su busto y tomar el molde de su mano derecha, que escribió los admirables versos que tan justa fama le conquistaron.

Manuel Acuña murió pobre, y fué necesario, para tributarle los últimos honores, recurrir al generoso auxilio de sus amigos, abriéndose al efecto suscripciones en la prensa y en la Escuela: el cuarto de ésta en que Manuel Acuña vivió y murió, fué el mismo que habitó otro distinguido poeta: Juan Díaz Covarrubias.

La víspera de su muerte, Acuña, paseando con Juan de Dios Peza por la Alameda, le dictó el siguiente soneto:

A UN ARROYO.

“Cuando todo era flores tu camino,
cuando todo era pájaros tu ambiente,
cediendo de tu curso á la pendiente,
todo era en ti fugaz y repentino.

“Vino el invierno con sus nieblas, vino
el hielo que hoy estanca tu corriente,
y en situación tan triste y diferente,
ni aun un pálido sol te da el destino.

“Y así es la vida; en incesante vuelo
mientras que todo es ilusión, avanza
en una hora lo que mide el cielo.

“Y cuando el duelo asoma en lontananza,
entonces como tú, cambiado en hielo,
no puede reflejar ni la esperanza.”

A las nueve de la mañana del miércoles 10, un inmenso gentío llenaba la plazuela de Santo Domingo, revelando en sus semblantes la expresión del dolor más profundo: á las diez salió de la Escuela el cadáver en hombros de los amigos íntimos, y después de haber atravesado las principales calles, llegó el fúnebre cortejo al panteón del Campo Florido á las once de la mañana. Diez y nueve personas ocuparon allí la enlutada tribuna, siendo Juan de Dios Peza quien primero tomó la palabra á nombre de sus amigos. A las doce y tres cuartos el duelo se despidió ante la tumba recién cerrada.

Manuel Acuña, dice uno de sus biógrafos, había visto siempre la vida al través del desencanto y de la decepción; sus versos rebosaban escepticismo y amargura, pero nunca creímos que en la flor de su juventud atentara contra su existencia, fecunda en esperanzas para el porvenir. ¡Quién sabe qué terrible tempestad agitaría su cerebro de poeta! Acuña había ya ceñido sus sienes con los laureles del genio, y estaba llamado á representar un alto papel en la literatura nacional. Su fallecimiento fué causa de las más sentidas manifestaciones de profundo duelo de todos los escritores del país.

Hablando de Acuña y de su magnífica poesía *Ante un cadáver*, que

por primera vez en España tuvo el gusto de publicar en 1878, dijo en uno de sus estudios literarios el gran crítico español D. Manuel de la Revilla, lo que sigue: “Manuel Acuña es quizás el más original de todos estos poetas. Estudiante de medicina que se arrebató la existencia en edad temprana á impulso de dolores ignorados, es Acuña tan vigoroso pensador como inspirado poeta. Su poesía *Ante un cadáver*, escrita en robustos tercetos que recuerdan los de Núñez de Arce, es principalmente notable por estar inspirada en las doctrinas del moderno materialismo, que, por lo visto, no es tan incompatible con la poesía como generalmente se piensa, toda vez que puede inspirar acentos tan enérgicos y sonoros como los que brotan de la lira de Acuña.” Entiendo que este elogio salido de la terrible pluma del gran crítico español, hubiese satisfecho al mismo Manuel Acuña.

En lo referente á sucesos políticos, el año no fué de lo más tranquilo, pues el desdén con que creyeron ser vistos por el Presidente de la República D. Sebastián Lerdo de Tejada, sus amigos y partidarios, desdén patente en el hecho de que el nuevo funcionario seguía gobernando con todos los ministros y empleados del difunto D. Benito Juárez, disgustó á una gran mayoría de cuantos por él habían expuesto sus intereses y vidas.

Satisfecho con la opinión que de sí mismo tenía, y en vista de que la muerte de su predecesor y no los trabajos y empeño de sus partidarios habíale llevado á la Suprema Magistratura, hizo realmente á un lado á su partido y se estimó suficientemente capaz para gobernar con todos á la vez; y para que el conservador no creyese en ciertas aficiones que hacia él se le suponían, facilitó el acaecimiento de “un desagradable incidente, que —habla un historiador mexicano— y liberal— contribuyó á encender de nuevo las pasiones políticas y á traer de nuevo ante la prensa la cuestión religiosa: en 21 de Mayo, á horas avanzadas de la noche, el Gobernador D. Tiburcio Montiel ocurrió con la policía á varias casas donde se denunció que “existían reuniones de monjas: se encontraron en efecto y fueron “echadas á la calle á esas horas muchas religiosas, sin tener algunas asilo donde acogerse. El Seminario fué ocupado con tropa de “policía, y reducidos á prisión los jesuitas que desempeñaban cátedras en ese Colegio. El rigor de esas medidas fué modificado al día “siguiente, pero varios jesuitas fueron expulsados y salieron para “Europa y los Estados-Unidos en los meses de Octubre y Noviembre. Las leyes de Reforma fueron elevadas al rango de constitucionales, determinándose que todos los funcionarios públicos protestasen cumplirlas y hacerlas cumplir, y algunos de ellos prefirieron “separarse de sus empleos ó destinos. Todo esto burló de hecho la “paz moral que se iba cimentando en el país y concitó serios enemigos al Presidente.”